

**BREVE HISTORIA DE LAS
CIUDADES DEL
MUNDO ANTIGUO**

BREVE HISTORIA DE LAS CIUDADES DEL MUNDO ANTIGUO

Ángel Luis Vera



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia de las ciudades del mundo antiguo
Autor: © Ángel Luis Vera Aranda

Copyright de la presente edición: © 2009 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas
Director de colección: José Luis Ibáñez

Diseño y realización de cubiertas: Universo Cultura y Ocio
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia R.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-771-8
Fecha de edición: Noviembre 2009

Printed in Spain
Imprime: Graphycems
Depósito legal: NA-2861-2009

Para Ángel,
mi padre.

ÍNDICE

Introducción:	
El urbanismo en el mundo antiguo	13
Criterios de selección de las ciudades:	
espaciales, por áreas y cronológicos	20
Capítulo 1:	
Las primeras civilizaciones urbanas:	
el inicio de las ciudades en Mesopotamia	25
La primera gran aglomeración	
urbana de todos los tiempos:	
el gran Ur	25
La ciudad del Diluvio Universal.....	28
El gran Ur de Ur Nammu y Shulgi:	
La mayor ciudad del	
mundo hace 4.000 años	30
La emigración de Abraham	
y el alejamiento de la costa	
del Golfo Pérsico	34
La Babilonia de Hammurabbi	38
Babilonia: La puerta del cielo.....	39

La Babilonia de Hammurabbi:	
La cuna del Derecho universal	41
La crueldad y la venganza	
de los asirios	45
Nabopolasar y la reconstrucción	
de Babilonia.....	48

Capítulo 2:

La Babilonia de Nabucodonosor: una de las	
grandes maravillas del mundo antiguo	51
Nabucodonosor II, el rey constructor.....	51
Las murallas y la Puerta de Ishtar	57
La ciudad más monumental	
del mundo antiguo.....	61
El salvaje castigo de los persas	
a “la gran ramera”	68
El asombro de los griegos:	
de Herodoto a Alejandro Magno	72
La maldición de Babilonia	
y la pérdida de su recuerdo	76

Capítulo 3:

La civilización urbana del antiguo Egipto en el	
valle del río Nilo. Tebas: una capital faraónica...	85
Waset y el templo del Sol durante	
el Antiguo Imperio egipcio	86
La capital del Imperio Medio	89
El apogeo durante el Imperio Nuevo:	
el Valle de los Reyes	91
La ciudad de los templos	
y de las cien puertas.....	96
La llegada de los pueblos extranjeros	
y sus secuelas: saqueos y destrucciones	104
El declive tebano: la desaparición	
de la Tebas egipcia.....	109

Capítulo 4:	
Jerusalén: la ciudad santa, cuna de las tres grandes religiones monoteístas.....	111
La roca de Abraham, Isaac e Ismael	111
El rey David y el Templo de Salomón.....	115
El cautiverio babilónico y la construcción del segundo templo.....	126
La megalomanía constructiva de Herodes el Grande.....	132
Rebeliones y destrucciones.....	140
De Aelia Capitolina a cuna del cristianismo ..	145
Musulmanes y cruzados.....	149
Capítulo 5:	
Cartago, de capital púnica a gran colonia romana.....	155
La legendaria fundación de la “Ciudad Nueva” fenicia	157
La Cartago púnica.....	163
Cartago durante las Guerras Púnicas contra Roma	169
El nuevo Cartago romano	173
Los vándalos de Genserico conquistan Cartago	178
Bizantinos y musulmanes: la destrucción final de Cartago	182
Capítulo 6:	
El desarrollo de las grandes ciudades en el continente asiático y americano durante la antigüedad	185
El fenómeno urbano en las culturas del oriente asiático. las ciudades de la India: Pataliputra/Patna, una gran ciudad en el país más poblado del mundo antiguo.....	185
La profecía de Buda	188

Pataliputra bajo Asoka: la ciudad más grande del mundo.....	193
Del apogeo Gupta a la destrucción por diferentes invasores	196
Teotihuacán, la primera gran aglomeración urbana precolombina en el continente americano	201
La Pirámide del Sol y el origen de la ciudad	203
Inmigración y crecimiento de un centro religioso	207
Una de las mayores ciudades del mundo ...	209
Una decadencia difícil de explicar	219
Capítulo 7:	
Otras ciudades:	
Jericó, Menfis, Mohenjo-Daro y Nínive.....	225
Bibliografía	235

Introducción

El urbanismo en el mundo antiguo

Hace unos diez mil años, en un lugar del Mediterráneo oriental al que conocemos como Palestina, un grupo de hombres y mujeres decidieron construir sus viviendas con el objetivo de agruparse y vivir en comunidad. De esta forma, se beneficiaban mutuamente. Comenzaba así uno de los procesos económicos, sociales, culturales y políticos más importantes que la Historia ha conocido: el urbanismo.

Aquellos primeros poblados fueron creciendo poco a poco. La agricultura y la ganadería, que se habían iniciado algún tiempo antes, fomentaban ese proceso. La vida en conjunto resultaba más fácil si todos los habitantes de un lugar colaboraban en el mantenimiento de estas tareas y de otras nuevas que surgían a raíz de esa agrupación. Entre otras ventajas, todos podían cooperar en mayor o menor medida en caso de que un enemigo atacara. La concentración de personas permitió, además, que unos cuantos pudieran especializarse en ofi-

cios distintos a los de pastor o agricultor, y es que la tierra daba suficientes beneficios como para que algunos pudieran dedicarse a otras actividades. Surgían así los ceramistas, que elaboraban recipientes; los alarifes, que edificaban casas; los sacerdotes, que ponían en contacto a los seres humanos con las divinidades; los carpinteros, que fabricaban útiles para el trabajo de los demás; los soldados, que defendían de manera profesional de sus enemigos a quienes producían alimentos; y muchas otras profesiones nuevas. Se iniciaba de esta forma un proceso que, salvo en contadas ocasiones, evolucionaría con el paso del tiempo. Las aldeas acabaron por convertirse en pueblos al crecer su población, y estos pasaron a denominarse ciudades cuando esa población alcanzó un nivel de desarrollo y de diversificación social y económica más avanzada. Entre estas últimas, hubo algunas que destacaron sobremanera. Será a ellas a las que dediquemos especialmente nuestra atención en este libro.

Las ciudades aparecieron, en primer lugar, en zonas caracterizadas por una acusada aridez, pero que, sin embargo, eran surcadas por ríos caudalosos que podían abastecer a un gran volumen de población ubicada junto a ellos. El agua de los ríos abastecía de líquido para satisfacer las necesidades diarias, pero sobre todo, su uso adecuado permitía regar los cultivos que nunca hubieran podido germinar con el único aporte de las lluvias. No solo era el agua que por ellos corría, también los limos fértiles, que dejaban al descender el nivel de las mismas cuando las crecidas disminuían, aportaban una mayor fertilidad a la tierra, y hacían que las cosechas fueran mucho mayores que en otras zonas donde esos ríos no discurrían.

En realidad, no eran los ríos quienes pasaban por las ciudades, era más bien todo lo contrario. Los seres humanos se dieron cuenta pronto de la importancia de este hecho y se acercaron a los cauces de los ríos aunque, de vez en cuando, estos se volvían ingobernables, crecían excesivamente y arrastraban a todo cuanto se encontraban a su paso. Aun así, los asentamientos urbanos buscaron siempre (y continúan haciendo lo mismo) su proximidad. Junto a ellos, no faltaban los alimentos, siempre y cuando los hombres y mujeres cooperaran en domesticar las aguas mediante canales, acequias, terraplenes y todo tipo de obras hidráulicas. Tampoco las personas se morían de sed, ni incluso en las épocas de mayor sequía, y por si estas ventajitas fueran pocas, los grandes ríos favorecían el comercio entre las ciudades que se encontraban a lo largo de su curso. De esta forma, fomentaron también el arte de la navegación, que permitió un mayor contacto entre las personas y entre culturas de zonas bastante alejadas, consolidándose de esta forma como vías naturales de comunicación.

Este fenómeno se dio de forma originaria, y especialmente, en determinados puntos del planeta que reunían las condiciones anteriormente descritas: el valle del Nilo en Egipto, las cuencas del Tigris y el Éufrates en Mesopotamia, y el Indo en los confines occidentales de la India. Poco a poco, el fenómeno se fue extendiendo, sobre todo hacia el extremo oriental del gran continente euroasiático. Primero por el río Ganges, también en la India, luego por las cuencas del Yang Tse Kiang (o Yangtze) y el Ho Ang Ho (o Huang He) en China. Paralelamente a este proceso, el urbanismo saltaba también desde Mesopotamia y la costa sirio-palestina y se expandía por la península de Anatolia en dirección hacia Europa.



La puerta de Ishtar es uno de los monumentos más importantes de la antigua ciudad de Babilonia. Esta reconstrucción se encuentra en el Museo de Pérgamo, en Berlín.

Oriente Próximo, India y China fueron pues las grandes zonas del mundo donde surgieron las primeras civilizaciones urbanas, y en ellas, durante muchos milenios, fue donde se concentró el mayor número de ciudades, así como los conjuntos urbanos de mayor población. Este fenómeno de concentración del hecho urbano se mantuvo casi inalterable hasta hace unos dos o tres siglos, cuando a raíz de la Revolución Industrial dos continentes (Europa y América) hasta entonces con relativa poca importancia en cuanto a la concentración urbana en grandes núcleos, empezaron a destacar. Las ciudades crecieron espectacularmente en estas dos áreas desde esos siglos XVIII y XIX, y el fenómeno ha continuado hasta nuestros días, aunque muy recientemente tanto Europa como América están perdiendo de nuevo esta preponderancia que han tenido hasta hace poco tiempo.

Sin embargo, desde nuestra perspectiva occidental, tanto China como India son civilizaciones

que se hallan muy alejadas de nuestro núcleo territorial, y además poseen civilizaciones de las cuales la nuestra apenas si ha recibido herencias, al menos directamente. En tiempos antiguos, cuando las comunicaciones eran muy inferiores a las que actualmente gozamos, China e India casi eran desconocidas para los europeos. No solo era su lejanía, sino que grandes extensiones de mar, gigantescas montañas e inacabables desiertos se interponían en las relaciones entre los seres humanos, aunque éstas existieron y, en algunas etapas, llegaron incluso a ser relativamente intensas. A esto hay que unir el hecho de que ambos territorios han experimentado una profunda decadencia en los últimos doscientos años, justo cuando la civilización euroamericana más se desarrollaba. En cualquier caso, ese absurdo eurocentrismo no debe hacernos olvidar nunca que ha sido allí, en el lejano extremo oriental del continente, donde el urbanismo, la cultura y la ciencia han alcanzado su punto más culminante a lo largo de la mayor parte de la Historia, con escasas excepciones, aunque este hecho sea poco conocido para los occidentales en general. Por ese motivo, en esta obra intentaremos dar unas breves pinceladas sobre la importancia del urbanismo en aquellos lugares. Si bien es cierto que, a causa de pertenecer al mundo occidental y debido a la herencia cultural que arrastramos, dedicaremos la mayor parte de nuestra atención al desarrollo urbano que, partiendo de Oriente Próximo, se fue ampliando paulatinamente por el mundo mediterráneo hasta acabar englobando en su totalidad al mundo europeo y después al americano.

Desde Mesopotamia, desde Egipto y desde la costa sirio-fenicio-palestina, el urbanismo se extendió hacia la península de Anatolia, de ahí siguió

avanzando primero por la Grecia insular (la isla de Creta y la cultura minoica) y luego por la Grecia continental (la cultura micénica y, posteriormente, la civilización helénica clásica). Fueron los propios griegos, junto con los fenicios, quienes se encargaron de expandirlo hacia occidente mediante las colonizaciones. De esta forma, los fenicios fundaban la ciudad de Cartago en el norte de África, y pocos años después tenía lugar el surgimiento de una de las grandes urbes del mundo antiguo y de toda la Historia: Roma. Griegos y romanos dieron el impulso decisivo al fenómeno urbano en la Antigüedad, no solo porque ocuparon todo el territorio bajo su control basándose en una densa red de ciudades, sino porque, además, modificaron sustancialmente la estructura interna de las mismas aportando un diseño mucho más racional a su plano. Esto sucedió en especial gracias a los urbanistas clásicos de Grecia en su mayor apogeo. Así, en el siglo V a.C., Hipódamos de Mileto diseñaba en esa ciudad el plano que lleva su nombre y que tanto ha contribuido a la planificación urbana de muchas ciudades que surgieron después de él. Durante unos mil años, la civilización grecolatina se basó en un complejo mundo de ciudades, pero en el siglo V d.C., esta situación empezó a cambiar. Una serie de motivos que analizaremos en su momento, provocaron una crisis de las ciudades que ya se había iniciado doscientos años antes. En poco tiempo, las urbes disminuyeron su población, y en muchos casos llegaron a desaparecer. La Alta Edad Media (siglos V al X) fue un período para Europa en el que el fenómeno urbano languideció y, en muchos casos, supuso la muerte de numerosas ciudades que habían sido emporios florecientes de economía y cultura durante muchos siglos.

Pero no en todas partes fue igual. En Oriente, las ciudades conservaron su importancia en buena

medida. La civilización bizantina, heredera directa del mundo grecorromano, mantuvo la tradición urbana de sus antepasados. Poco después, un nuevo impulso surgiría de las regiones desérticas de la península Arábiga. Era el islam. La nueva religión se expandió con una rapidez asombrosa y, en su extensión por todo el mundo Mediterráneo y más allá de él, la cultura urbana recibió a su vez un nuevo aporte vital. Los musulmanes reactivaron las ciudades y construyeron otras nuevas. Hace mil años las mayores urbes del mundo se encontraban en territorios que seguían esa nueva religión. Mientras tanto, Europa languidecía, pero no por mucho tiempo. Desde la península Ibérica se expandió el renacer de las ciudades. Lentamente, poco a poco, las ciudades europeas comenzaron a recuperarse. Durante la Baja Edad Media (siglos XIV y XV) su crecimiento fue lento, aunque en algunos casos, que serán objeto de nuestra atención en otro libro, se vislumbraba ya en ese crecimiento el germen de una nueva civilización destinada a gobernar el mundo. A partir del siglo XV, Europa saltaba sus fronteras y con ello se reactivaba el crecimiento urbano de sus ciudades más florecientes. Comenzaba una nueva etapa en la Historia en general y del urbanismo en particular. Nuestro libro se detiene en la primera de estas grandes etapas. Son tantas las transformaciones que se experimentaron a continuación, que harán falta otras obras como esta para narrarlas.

En este libro, presentamos una breve historia de las ciudades del mundo antiguo, si bien hemos atendido exclusivamente a aquellas cuyo origen no estuvo relacionado con la civilización grecolatina. Nos centramos fundamentalmente en su evolución urbana y en su crecimiento demográfico. Analizamos diferentes aspectos como su estruc-

tura, la morfología y tipología de plano, la funcionalidad principal que tuvieron y hacemos también referencias a su patrimonio artístico y monumental. Nuestro interés se centrará no solo en narrar el proceso de surgimiento, crecimiento y auge, sino que también nos detendremos, cuando sea el caso, en el proceso de decadencia y las causas que lo produjeron. De esta forma, entenderemos por qué el legado del mundo antiguo nos ha llegado tan incompleto y fragmentado.

CRITERIOS DE SELECCIÓN DE LAS CIUDADES: ESPACIALES, POR ÁREAS Y CRONOLÓGICOS

A la hora de seleccionar las ciudades que figuran en esta obra hemos seguido una serie de criterios que básicamente podemos resumir en tres:

a) La importancia demográfica y urbana. Se trata en la mayor parte de los casos de ciudades que han sido, en su momento, la aglomeración urbana con mayor número de habitantes que había en el mundo, o que al menos tenían un volumen de población muy similar a la ciudad que en ese instante era la más poblada del mundo. Es preciso aclarar, en este caso, que este criterio presenta una grave dificultad, ya que desgraciadamente las fuentes de información de que disponemos sobre las ciudades de la Antigüedad apenas sí hacen referencias a su número de habitantes, y las escasas fuentes conservadas son muy poco fiables en este sentido. El método seguido ha sido el de estimar su número de habitantes en función de su superficie y de los cálculos sobre la densidad de población, que son los que siguen la mayor parte de los autores para conocer qué cantidad debieron albergar aproximadamente.

b) Además de las ciudades más pobladas, el segundo criterio es el de presentar ejemplos representativos de aquellas áreas del mundo que, aunque nunca llegaron a albergar la ciudad con más habitantes de su tiempo, al menos nos permita seleccionar una gran metrópolis que estuviera entre las más habitadas del planeta. Este sería el caso de Teotihuacán como representante del altiplano mexicano y por extensión de Centroamérica y Norteamérica.

c) En último lugar, presentamos tipologías concretas que revisten una determinada excepcionalidad o tienen un particular interés. Es el caso de Jerusalén, cuya importancia viene dada no por su volumen de población, sino por haber sido una ciudad sagrada para las tres grandes religiones monoteístas que existen ahora mismo en el mundo.

Las ciudades que hemos seleccionado son, por tanto, las siguientes: Ur, en Mesopotamia, como la primera gran aglomeración urbana de todos los tiempos; Babilonia, en la que dedicaremos especial atención a la época de Nabucodonosor, donde probablemente se concentraron más maravillas que en cualquier otra ciudad del mundo antiguo; Tebas, la gran capital del Egipto de los faraones; Cartago, la capital púnica convertida posteriormente en floreciente colonia romana; Jerusalén, sobre la que explicamos anteriormente la causa de su inclusión; Pataliputra/Patna, como representante de las enormes ciudades que florecieron en la civilización india; y Teotihuacán, el gran centro urbano del altiplano mexicano.

En esta lista es cierto que se pueden apreciar muchas ausencias significativas, como Jericó, en Palestina; Menfis, en Egipto; Mohenjo Daro, en India; o Nínive, la capital del antiguo Imperio asirio. Alguna referencia breve haremos final-

mente a ellas, pero según nuestro criterio son, por todas las razones expuestas para cada caso, más interesantes las primeras que las citadas anteriormente, y por lo tanto en aquéllas se centrará nuestra explicación.

En parte, esto obedece a que los criterios que hemos seguido no se centran en aspectos tales como la importancia política, salvo que ello afecte directamente a la historia urbana de las ciudades. Tampoco nos hemos dejado llevar por su importancia económica exclusivamente, y solo la citaremos cuando ello implique una transformación significativa en el interior de la ciudad o en sus límites. Hemos decidido también no integrar la historia de las mentalidades o la sociología urbana, salvo en el caso de Jerusalén, pero, en general, no nos detendremos en gran medida en los problemas o controversias de tipo religioso. Ni tampoco hemos pretendido realizar un estudio artístico de las ciudades, al menos no en cuanto a la importancia de la obra de arte en sí, aunque sí le dedicaremos especial atención a lo que las mismas suponen de monumentalidad o de importancia en el patrimonio urbano de las ciudades estudiadas.

A la hora de presentar este libro, se han agrupado las ciudades por áreas geográficas o, en los casos que esto no ha sido posible, por su pertenencia a determinadas civilizaciones. El criterio seguido al presentar la evolución urbana ha sido básicamente el de su cronología, en la que hemos intentado tener un especial cuidado, si bien es cierto que en muchos casos presentan muchas dudas, ya que según los autores que se sigan, se dan unos u otros años sobre un acontecimiento determinado.

Hemos dejado para otros volúmenes de esta obra las ciudades clásicas grecorromanas, así co-

mo las ciudades medievales, ya que entendemos que obedecen a pautas urbanas que difieren en buena medida de las de época antigua, aunque sean herederas directas de las mismas. En realidad, todas las ciudades que han existido a lo largo de la Historia son herederas de aquellos primeros núcleos urbanos que surgieron en Oriente Próximo hace unos miles de años, y ese origen es el que pretendemos dar a conocer en este libro.

1

Las primeras civilizaciones urbanas: el inicio de las ciudades en Mesopotamia

Mesopotamia fue, junto a Egipto, la primera zona del mundo en la que empezó a desarrollarse la civilización urbana a gran escala.

LA PRIMERA GRAN AGLOMERACIÓN URBANA DE
TODOS LOS TIEMPOS: EL GRAN UR

La expansión del fenómeno urbano por el mundo ha sido siempre un proceso lento pero constante. Si hace 10.000 años aparecieron los primeros asentamientos en la costa sirio-palestina, la nueva forma de organizarse en ciudades tardó un considerable período de tiempo en ser imitada en otros lugares.

En la región que llamamos Oriente Próximo discurren dos grandes ríos. Nacen en montañas lejanas, en las cuales la lluvia es relativamente frecuente, e incluso lo es también la nieve en sus más altas cumbres. Desde allí, el agua se desliza

durante miles de kilómetros buscando su salida al mar. Ambos ríos, a los que conocemos con los nombres de Tigris y Éufrates, discurren muy cerca el uno del otro, casi en paralelo. Cuando los observamos en el mapa, hay veces en que parece incluso que se van a unir. Pero esa unión solo sucede muy cerca de su desembocadura, y es debido a motivos que luego explicaremos.

La porción de tierra que queda entre ellos es estrecha, y posee un clima bastante seco en el que llueve muy poco. Sin embargo es una tierra muy fértil. El limo que depositan ambos ríos es muy rico y de una gran productividad para los cultivos. Hace miles de años, los hombres y mujeres que habitaban en aquella región se dieron cuenta de esta característica. Y la supieron aprovechar.

Esta región que se encuentra entre esos dos grandes ríos recibe el nombre de Mesopotamia, y hoy en día coincide en esencia con Irak. *Mesopotamia* es una palabra griega. Procede a su vez de la agregación de dos palabras, *Meso*, que significa ‘en medio’, y *Pótamos*, que quiere decir ‘río’. Así, *Mesopotamia* significa ‘Tierra entre ríos’. Las personas que vivieron allí hace miles de años eran conscientes de que la tierra no se podía cultivar solo con el aporte del agua de lluvia, que era bastante escasa, y por lo tanto insuficiente para que germinaran de forma adecuada las cosechas. Pero descubrieron que si podían controlar el agua de los ríos, esa misma tierra, regada adecuadamente, podía rendir unos frutos suficientes para alimentar a una considerable población.

Decidieron pues organizarse, y trabajaron conjuntamente para construir una red de canales y acequias que permitiera llevar el agua de los ríos a puntos muy distantes. De esa forma, el agua regaba las semillas que se plantaban y estas germina-

ban de forma espectacular gracias a las elevadas temperaturas que posee la zona. Pero para construir la red de canales, embalses y presas era necesario que hubiera alguien que se encargara de coordinar todos los trabajos. Surgió así el poder, tanto en forma de reyes o gobernantes, que dictaban sus órdenes para el bien común, como de sacerdotes, que decían interpretar los designios de los dioses, que era quienes mandaban sobre los ríos y sobre las personas, y dictaminaban cuándo el río llevaría mucha o poca agua.

Esa organización hizo de Mesopotamia un lugar particularmente rico y poblado. Las elevadas cosechas permitían alcanzar un alto nivel de producción en los alimentos, y de esta forma, se abastecía a cientos de miles de personas en un lugar en el que antes difícilmente podían vivir unos pocos de cientos.

El siguiente paso fue crear una red de ciudades que favorecieran la vida de los agricultores que desarrollaban su labor en ese espacio. Pero para ello, para que surgiera una importante cultura urbana, era necesario que el pueblo que en ella vivía tuviera un cierto nivel de civilización. No es fácil que surjan grandes culturas urbanas de forma totalmente espontánea, y el caso de Mesopotamia no fue distinto al de otros lugares del mundo.

Hacia el V milenio a.C., un pueblo de procedencia desconocida, al que conocemos con el nombre de sumerio, se asentó en Mesopotamia. Los sumerios traían ya un cierto nivel de civilización, y cuando llegaron a la ‘Tierra entre ríos’, la consideraron el lugar adecuado para desarrollar ahí su cultura y hacerse sedentarios. De esta forma se iniciaba una tradición que iba a continuar hasta hoy día. Mesopotamia se convertía en una de las pocas áreas del mundo en las que a lo largo de la Historia

siempre han existido una o varias de las más grandes ciudades del planeta. Solo en un lugar en el que se puede abastecer una gran cantidad de población, debido a una floreciente agricultura, puede permitirse el hecho de que haya grandes urbes en las que se concentren cientos de miles de personas.

La ciudad del Diluvio Universal

La primera de las grandes ciudades mesopotámicas fue Uruk, en el IV milenio a.C. Pero con el tiempo, aparecerían otras nuevas que la desbancarían y se acabarían convirtiendo en la ciudad más grande del mundo a partir de aquel momento. De todas ellas, la que alcanzó más importancia en esos tiempos primitivos de los sumerios fue Ur.

Ur debió aparecer probablemente hacia mediados del V milenio a.C., como un pequeño poblado situado en las tierras bajas al sur de Mesopotamia. Sus restos se hallan a 24 kilómetros al sur de la actual ciudad de Nasiriya, en Irak. A lo largo del siguiente milenio, la aglomeración se desarrolló considerablemente. Se ha calculado que poco antes del año 3000 a.C., la ciudad podía albergar ya a un total de 10.000 personas, lo que resulta una cantidad considerable para aquel tiempo. Pero además se ha calculado que otras 40.000 podían vivir en las cercanías, trabajando en los campos y huertas de los alrededores para abastecer a la floreciente comunidad urbana.

Sin embargo, poco o casi nada sabemos de esta primitiva ciudad. A lo largo de un período de tiempo que pudo durar varios siglos (quizás entre el año 3100 y el 2800 a.C.), Ur sufrió una serie de devastadoras inundaciones que pudieron llegar a alcanzar los nueve metros de altura en algunos de

sus puntos. Estas inundaciones la acabaron destruyendo y sepultando bajo una espesa capa de cieno y de limo de varios metros de espesor. Cuando los arqueólogos trabajaron en las ruinas de la ciudad hace un siglo, se encontraron que debajo de los estratos más recientes aparecía una enorme acumulación de barro de más de tres metros de espesor que enterraba a otras estructuras aún más antiguas.

Algunas personas han intentado ver en este hecho la plasmación real de la leyenda bíblica del Diluvio, y es posible que algo de verdad haya en esta afirmación. Solo una gran inundación (o probablemente una serie seguida de grandes inundaciones) pudo dejar tal cantidad de sedimentos sepultando a la mayor parte de las ciudades mesopotámicas. Las leyendas sobre el Diluvio no solo son sumerias, existen en casi todas las civilizaciones antiguas, pero en pocos casos es posible comprobarlas con tanta claridad como en el caso de Ur.

Hacia el 2900 o 2800 a.C., Ur empezó a recuperarse de los efectos de la gran inundación. La vida urbana se reactivó, se consolidó una primera dinastía de reyes que empezaron a hacer grande a la ciudad. Para ello construyeron dos puertos en la desembocadura del río Éufrates, junto al mar, y de esa manera fomentaron el comercio con la urbe. Ur prosperaba porque, entre otras cuestiones, se encontraba junto al mar. Esto favorecía los intercambios comerciales, y la ciudad no solo se enriquecía porque estuviera rodeada de un suelo fértil, sino también porque podía vender y comprar productos en tierras muy lejanas. El mar le dio también la prosperidad, y no solo la posesión de una tierra muy fértil.

En esta época (hacia el 2600-2400 a.C.), Ur debía de albergar considerables riquezas. La prueba de ello es que, cuando los arqueólogos excava-



El estandarte de Ur, uno de los ajuares hallados en el cementerio real de esta ciudad.

ron muchos siglos después los cementerios de sus reyes, encontraron en ellos objetos sorprendentemente lujosos en los ajuares de sus tumbas. El llamado estandarte de Ur es un ejemplo de ellos, pero en general, los objetos hallados nos hablan de una sociedad rica y opulenta, al menos en lo que se refiere a las capas sociales más altas de la misma.

El gran Ur de Ur Nammu y Shulgi: La mayor ciudad del mundo hace 4.000 años

Durante casi mil años, Ur no dejó de crecer a pesar de las relativamente frecuentes guerras que azotaban periódicamente a Mesopotamia. Los acadios, habitantes de una ciudad cercana, ocuparon Ur durante varios siglos, pero cuando aquellos entraron en crisis, los habitantes de Ur se rebelaron contra sus opresores e iniciaron su propio camino, convirtiéndose en los líderes del pueblo sumerio.

Esto llevó a Ur al apogeo de su poder a partir del año 2200 a.C. En un momento determinado de su historia, y durante un período superior a dos siglos, Ur fue probablemente la mayor ciudad del mundo, y quizás también la más rica, junto con otras como Nish, Uruk, Lagash o Nippur.

En 2113 a.C., subió al poder un nuevo soberano de nombre Ur Nammu, y con él se inició lo que se conoce como III dinastía de Ur. Ur Nammu reinó durante veinte años y con él se produjeron importantes transformaciones en la urbe. En primer lugar, Ur Nammu se dedicó a proteger a la ciudad, y para ello ordenó que se levantase un terraplén defensivo de considerables dimensiones, cuyos muros estaban recubiertos de ladrillos cocidos. Durante su reinado también se construyó un enorme zigurat, una especie de torre escalonada con una base de más de sesenta metros, y una altura que superaba los cuarenta. Ur Nammu inició la edificación de un recinto sagrado en el que levantó una serie de templos a la diosa Nanna. Por último, ordenó la construcción de un nuevo palacio real que ofreciese un recinto digno de los reyes de la ciudad.

Ur Nammu no solo destacó por su labor constructora, también fue un legislador muy importante, hasta el punto de que el primer código de leyes que conserva la humanidad es el que se compiló por orden suya. Su época también debió ser de florecimiento económico y cultural. Se conservan miles de tablillas de barro en las que los escribas redactaron numerosos textos sobre registros y transacciones comerciales en escritura cuneiforme, esto es, mediante pequeñas incisiones con un punzón en forma de cuña. Estas tablillas de barro, después de haber sido cocidas, se endurecen de tal modo que, cuatro mil años después de haber sido escritas,



El zigurat construido por Ur Nammu en la ciudad de Ur fue uno de los más antiguos y también uno de los mayores de Mesopotamia.

permiten a los arqueólogos revivir cómo debería ser la vida en una antigua ciudad mesopotámica.

A Ur Nammu le sucedió un soberano también muy capaz que continuó embelleciendo y dándole cada vez más importancia a la ciudad, su hijo Shulgi. Durante casi medio siglo, Shulgi rigió los destinos de Ur, y fue probablemente en su reinado cuando la ciudad alcanzó la cumbre de su poder y esplendor. Su actividad constructora fue notable. En su época se erigieron nuevos santuarios a la diosa Nanna, los templos de Gipar y Nerigal, amplió el Erkhursag, el palacio que había iniciado Ur Nammu, y construyó también un mausoleo de carácter hipogeo, es decir, subterráneo, para cuando muriera.

Al margen de la actividad constructiva, Shulgi dotó a la ciudad de un equipamiento que hasta entonces, que sepamos, no había tenido ninguna otra ciudad. Ordenó traer animales de diferentes partes y los mantuvo encerrados en un recinto

para que sus súbditos pudieran observar las especies que allí se exhibían. Es el primer testimonio que poseemos de la existencia de un zoológico.

Tras la muerte de Shulgi, los soberanos que le sucedieron mantuvieron todavía el esplendor de Ur durante varias décadas más. En este momento, hace unos 4.000 años, Ur era probablemente la ciudad más poblada del mundo. Hay cálculos que estiman una población de hasta 65.000 personas en el espacio construido en el interior de su recinto. Pero esos cálculos no contabilizan a la enorme población que vivía en los alrededores, decenas de miles de agricultores que trabajaban los fértiles campos que la rodeaban y que abastecían con sus productos a la población de Ur que vivía dentro de sus murallas. Su *hinterland* o área de influencia era tan grande que se ha estimado que cerca de un cuarto de millón de personas podía vivir en ella. Hasta aquel momento, ninguna ciudad en la Historia había alcanzado semejante nivel de población.

Por aquel entonces, Ur era el mayor centro político, cultural, administrativo, religioso y económico que había en Mesopotamia, y quizás en el mundo. La civilización sumeria se hallaba en su apogeo. Los sumerios fueron grandes inventores, a ellos les debemos aportaciones como la escritura, la rueda, la astronomía, las matemáticas, la bóveda, las empresas comerciales, etc. Probablemente muchos de esos inventos tuvieron lugar en la propia Ur. El comercio marítimo propiciaba también los contactos con otras tierras, y sin duda, los mercaderes no solo traían productos, sino también nuevas ideas y conocimientos que los sumerios supieron aprovechar espléndidamente para el desarrollo de su cultura.

El centro urbano de Ur poseía una gran densidad de población según demuestran los restos arqueológicos que han llegado a la actualidad. La

población vivía hacinada entre los enormes muros que se estiman llegaron a alcanzar hasta 27 metros de altura. La falta de espacio en el interior debía ser sofocante. Las callejuelas eran sumamente estrechas e irregulares. Las manzanas de casas no seguían ningún plan preestablecido, sino que se distribuían anárquicamente en el interior del espacio amurallado. Las calles estaban sin pavimentar, solo la tierra batida servía de firme para que por ellas pasaran con dificultad los carros, los animales y las personas, pues eran de una anchura ínfima en muchos casos.

En el exterior del recinto amurallado se encontraban los dos puertos artificiales junto al río Éufrates y junto a lo que entonces era el golfo Pérsico. Numerosos suburbios se extendían por la periferia urbana a lo largo de un radio de más de dos kilómetros en todas direcciones. En ellos vivían miles de personas dedicadas a la agricultura de regadío en los fértiles huertos y campos que rodeaban a la ciudad. Al sur del casco urbano se hallaba un importante barrio residencial, el de Isin Larsa. En él se encuentran los ejemplos más representativos de las viviendas de esta época. Casas muy estrechas e irregulares que se abrían a un patio central en el que se desarrollaba principalmente la vida familiar.

La emigración de Abraham y el alejamiento de la costa del Golfo Pérsico

Tal y como hemos visto, hacia el año 2000 a.C., Ur estaba en su apogeo en todos los sentidos. ¿Qué pasó entonces para que en poco tiempo la ciudad y su modo de vida se vinieran abajo completamente? Desconocemos con seguridad los detalles que dieron pie a este proceso, pero quizás

se expliquen por el hecho de que hacia 2006 a.C. se experimentaron de forma seguida una serie de malas cosechas que trajeron el hambre a su población. Esta se debilitó por la falta de alimentos, y la consecuencia de este hecho fue que el gobierno acabó cayendo en la anarquía.

En ese contexto de crisis, aparecieron dos pueblos de las montañas que atacaron a Ur con el objetivo de apropiarse de sus riquezas. Los amorritas por el norte, y los elamitas por el sur, aprovecharon la situación de debilidad en que se encontraba para atacar casi conjuntamente, destruir sus murallas y penetrar en el interior de la urbe saqueándola. En solo tres años, la clase dominante sumeria perdió el poder, la ciudad se enfrentó a una serie de destrucciones, como la del templo de Gipar, y la crisis se acentuó todavía más.

La consecuencia fue que, ante la nueva situación, miles de personas optaron por marcharse y buscar otras tierras que les ofrecieran mejor cobijo y seguridad. A partir del año 2000 a.C. los habitantes de Ur comenzaron a abandonarla y la ciudad dejó de ser la más poblada del mundo. En el contexto de esta emigración, que probablemente se prolongó durante varios siglos, hay que situar la marcha de Abraham, el gran patriarca hebreo fundador del judaísmo, que al parecer se encontraba entre las personas que, junto con su familia, abandonó en esta época la ciudad para buscar un lugar más favorable en la tierra de Canaán. El judaísmo, del que proceden el cristianismo y el islam, tuvo por tanto su origen remoto en la ciudad de Ur, pese a que Abraham desarrollara posteriormente la mayor parte de su vida en la tierra prometida de Israel.

Aunque Ur se despobló y perdió un considerable número de habitantes, la ciudad continuó existiendo y con el tiempo se recuperaría, pero ya

nunca llegó a alcanzar el esplendor de antaño. Entre mediados del siglo XIX y mediados del XVIII, siempre antes de nuestra era (es decir, como hemos estado señalando hasta ahora: a.C.), se llevaron a cabo una serie de reconstrucciones. Entre ellas cabe destacar un nuevo muro de defensa y la erección tanto del Edublamakh, o sede del tribunal, y el Ekunmakh, en el que se situó la sede del tesoro de la ciudad. Esta había vuelto a recuperar ligeramente su actividad económica y durante un siglo parecía que volvería a convertirse en la que había sido anteriormente.

Pero, por aquella época, apareció uno de los soberanos más poderosos del mundo antiguo. Se trataba de Hammurabbi, el rey de Babilonia, que estaba construyendo un imperio poderoso. Ur creyó que poseía suficiente fuerza para enfrentarse a la pujante Babilonia, y a mediados del siglo XVIII, se rebeló contra ella. Fue una decisión temeraria, los babilonios la devastaron, y lo que fue peor, le arrebataron el poder que como centro comercial poseía hasta entonces, llevándose las rutas comerciales que procedían de Oriente a su ciudad.

En ese momento, Ur debía ocupar unas 60 hectáreas, en las que todavía se hacinaban probablemente cerca de 20.000 habitantes, pero después del castigo que le inflingieron los babilonios ya no volvió a recuperarse nunca con la grandeza de antaño.

Su último destello importante tuvo lugar dos siglos después, cuando el rey casita de Babilonia, Kurigaltu, dio orden de reconstruir el zigurat que se encontraba en ruinas, así como el resto de los templos. Durante dos siglos pareció que se detendría el proceso de ruina de Ur, pero no fue así. Hacia el 1300 a.C., debido a una serie de motivos de diversa índole (guerras, emigraciones y ataques

de nuevos pueblos, malas cosechas, etc.), la población empezó de nuevo a abandonarla y sus templos y sepulcros volvieron a caer en la decadencia y a convertirse en ruinas. La ciudad quedó prácticamente deshabitada.

En el siglo VI a.C., los reyes caldeos Nabucodonosor II y Nabonido se fijaron en ella con la intención de reconstruirla, pero ya entonces era una aldea prácticamente muerta y sin vida. El deseo de recuperar su antiguo brillo no se pudo llevar a cabo, aunque sí que se iniciaron obras en algunos de sus antiguos monumentos que aún permanecían como testigos de su pasada grandeza. Parecía como si la naturaleza no estuviera dispuesta a permitir que la vieja Ur volviera a resurgir, y hacia el año 400 a.C. tuvo lugar un suceso que supuso la puntilla definitiva para la ciudad. El río Eufrates experimentó un súbito cambio en su curso y se retiró de la ciudad, lo que unido a un proceso de constante sedimentación aluvial, provocó que la costa del golfo Pérsico se fuese alejando progresivamente. De esa forma, Ur dejó de tener acceso directo al mar. Sus puertos se colmataron y quedaron inservibles. La ciudad, carente de una salida al mar, no tenía la más mínima posibilidad de sobrevivir y desapareció para siempre.

Más de dos milenios después, a mediados del siglo XIX, los arqueólogos europeos buscaron sus ruinas y finalmente la encontraron cerca de un asentamiento pobre y apartado llamado Tell el Muqayyat, que hoy día se encuentra nada menos que a 15 kilómetros del curso del Eufrates. A principios del siglo XX, el arqueólogo británico Leonard Woolley inició excavaciones sistemáticas en las ruinas y descubrió sus magníficas tumbas reales, con la mayor parte de sus ajuares intactos. A él se debe el que se identifique a la ciudad con la leyenda del

Diluvio, ya que interpretó los metros de limo que cubren su parte más antigua como un sedimento provocado por la inundación que siguió a esta gran catástrofe. Ur será por tanto para la Historia la ciudad del Diluvio y la ciudad de Abraham que nos describe el Antiguo Testamento de la Biblia.

LA BABILONIA DE HAMMURABBI

Decidir cuál ha sido la ciudad más hermosa de la Historia es complicado pero, sin duda, Babilonia (especialmente en la época de Nabucodonosor II) sería una justa aspirante a ese título, si hemos de dar crédito a las fuentes históricas de quienes la vieron en su momento de esplendor y nos legaron el testimonio de su pasado. Es posible que la Roma de los césares la superara en poderío, que la Alejandría tolemaica lo hiciera como centro cultural, que Chang An y otras ciudades orientales albergaran a más población, e incluso es posible que la Constantinopla de Justiniano y de sus sucesores tuviera más riquezas y más tesoros entres sus muros. Pero, probablemente, ninguna de esas metrópolis fascinantes haya superado en monumentalidad, en espectacularidad y en magnificencia a la gran ciudad que fue Babilonia entre los siglos VII y V a.C.

Cuando algunos de esos ilustres visitantes la vieron, como le ocurrió en ese siglo V a.C. al griego Herodoto —“el padre de la Historia”—, se quedaron tan asombrados de lo que pudieron observar que dejaron en sus escritos constancia de su admiración por las maravillas que acababan de contemplar. Fueron tantas las alabanzas que le dedicaron que, aún hoy en día, 2.500 años después, cuesta trabajo admitir que lo que ellos nos transmitieron pueda corresponderse lejanamente con la

realidad. Siempre nos quedará la duda de que exageraron notablemente. O, de no ser así, el desconsuelo de haber perdido uno de los conjuntos urbanos más monumentales que la humanidad ha sido capaz de crear.

Babilonia: La puerta del cielo

La ciudad, que con el tiempo llegó a ser objeto de admiración de sus contemporáneos, comenzó su historia como una pequeña aldea a orillas del río Éufrates. No es fácil precisar la fecha en la que esto ocurrió, pero debió ser, probablemente, en torno a la primera mitad del III milenio a.C. Según la Biblia, fue un rey mitológico llamado Nimrod quien dio la orden de construirla, hacia el año 2500 a.C. Pero esa es una tradición que no ha podido ser comprobada. Sin embargo, sabemos con certeza que hacia el año 2340 a.C. aparece citada como una ciudad provincial tributaria del rey Sargón de Acad. Es la primera mención atribuible a Babilonia con total seguridad. Poco tiempo después, la ciudad se rebeló contra el rey, y este ordenó su destrucción. Sería el inicio de una lamentable tradición, que con el tiempo llevaría a arrasar y a reconstruir la urbe, varias veces a lo largo de su dilatada historia.

Babilonia se hallaba situada en un punto estratégico de la antigua Mesopotamia, ubicado hoy día unos 110 kilómetros al sur de la actual Bagdad. Al fértil y rico suelo que producía generosas cosechas, se unía el hecho de que el emplazamiento en el que se ubicaba era punto de paso en las rutas comerciales que unían el oriente con occidente. Gracias a esta situación, unida a un abundante abastecimiento de agua, la ciudad progresó enormemente durante

más de dos mil años. De hecho, pocos años después de su primera destrucción, se iniciaron las labores de reconstrucción, para hacer de ella un conjunto mucho mayor de lo que era el primer pueblecito que hasta entonces había existido.

Hacia el año 2200 a.C. comenzó la erección de un primer templo dedicado a la diosa Ishtar, una de las principales de la ciudad, y que con el tiempo daría lugar a la construcción de otro templo mucho mayor y más conocido, el del Esagila o Esagil, al que comúnmente conocemos, gracias a la denominación que de él se da en la Biblia, como la Torre de Babel. El levantamiento de este primitivo templo debió ser muy lento, si hacemos caso a las inscripciones que conservamos, pues se debió de estar trabajando en él durante más de doscientos años, pero este hecho tuvo una repercusión muy importante. Al igual que sucedió con otras grandes ciudades de la antigüedad, como por ejemplo Tebas o Jerusalén, la construcción de un enorme santuario dedicado a un dios (o diosa en este caso) de gran importancia tuvo como consecuencia el que la ciudad se convirtiera también en un centro religioso. De esta manera, el prestigio de la religión se unió a la riqueza que en ella existía para darle aún más importancia que a cualquier otra ciudad vecina de Mesopotamia.

Aunque se desconoce exactamente cuál era la altura de este primitivo santuario, parece ser que no debió de ser pequeña. Quizás este hecho está en relación con el del propio nombre de la ciudad, ya que su denominación en esta primera etapa de su historia era la de *Bab Ilum*, o *Bab Ili*, que quiere decir ‘Puerta del cielo’ o ‘Puerta de Dios’, según otras transcripciones. Es posible que, en ese afán por alcanzar una altura cada vez mayor, sus contemporáneos acabaran adjudicándole una de-

nominación acorde con la altura del templo más elevado de la ciudad, que según sus habitantes pretendía alcanzar el cielo y a los dioses. Esta historia sería después recogida por los judíos cuando sufrieron el cautiverio en la ciudad, y de ahí procede casi con toda probabilidad el nombre con el que hoy la conocemos.

El templo debía ser grande y rico. Solo eso explica el que poco después del año 2100 a.C., el rey Shulgi de Ur lo saqueara de forma total cuando en una de sus expediciones conquistara la ciudad. Pese a ello, un siglo después, Babilonia ya había recobrado su esplendor de antaño. Ocupada por los martu hacia el año 2000 a.C., estos hicieron de la ciudad su capital, y la reconstruyeron y la embellecieron en la medida de sus posibilidades. Un siglo más tarde, era otro pueblo nómada el que tomaba el control de la ciudad. Los amorreos eran quienes, en este caso, se asentaban en ella, fundaban una dinastía de soberanos y la hacían también su capital. A pesar de los avatares, Babilonia seguía creciendo y desarrollándose como una ciudad mesopotámica que cada vez iba alcanzando mayor importancia.

La Babilonia de Hammurabbi: La cuna del Derecho universal

La historia de la primitiva Babilonia es una continua sucesión de pueblos que arrebatában la ciudad a sus anteriores propietarios: acadios, sumerios de Ur, martu, amorreos... El ciclo no iba a detenerse hasta un siglo después, en el XVIII a.C., cuando subió al poder el primer gran soberano de Babilonia, y uno de los más importantes de los que habían existido hasta entonces en el mundo: Hammurabbi.

Hammurabbi reinó entre los años 1792 y 1750 a.C., aunque las fechas exactas en estas épocas tan lejanas son difíciles de precisar, y existen otras cronologías diferentes a la que aquí citamos. Es conocido principalmente porque redactó un código de leyes, el cual mandó que se esculpiera sobre un monolito de diorita negra, de casi dos metros y medio de altura, que originalmente se situó en el templo de Sippar. En él se conserva una de las redacciones más completas del Derecho que poseían los pueblos mesopotámicos, y en general es considerado el código más importante del mundo antiguo.

Hammurabbi convirtió a Babilonia en la capital de su imperio, y en pocos años, la ciudad se convirtió también en la más poblada del mundo en su época. Desgraciadamente conocemos muy poco de la Babilonia de Hammurabbi. La mayor parte de sus restos se hallan en estratos arqueológicos muy bajos, que se encuentran por debajo del nivel actual que posee el agua subterránea de la zona. Eso impide que con los métodos actuales que habitualmente se emplean en la investigación arqueológica podamos saber cómo era la ciudad hace casi cuatro milenios, ya que resulta casi inaccesible al trabajo de los investigadores que en ella desarrollan su labor.

Tras la muerte de Hammurabbi, la ciudad siguió siendo durante más de un siglo una gran concentración humana en la que quizás podían llegar a vivir unas 60.000 personas. Así debió continuar hasta que, en 1595 a.C., los casitas la invadieron, y con ellos empezó su lento declinar, aunque todavía continuó siendo una gran concentración urbana durante varios siglos más. En el siglo XII a.C., las líneas maestras del urbanismo de Babilonia debían ser ya parecidas a las que conocemos



Parte superior del monolito en el que se encuentra grabado el Código de Hammurabi. En ella se representa al dios Shamash entregándole al rey babilonio las leyes.

hoy. Pero en 1174 a.C. otro pueblo la saqueó. Los elamitas, procedentes de las montañas del nordeste, tomaron la ciudad y se llevaron de ella a Susa, su capital, todo aquello que estimaron de valor. Entre los objetos robados (que se encontraron en Susa en 1901) se hallan dos códigos de leyes, el ya mencionado de Hammurabbi, y otro que se atribuye al rey Naram Sin.

En 1124 a.C., un personaje babilonio, llamado Nabucodonosor, dirigió una insurrección contra los elamitas y los expulsó de la ciudad. Nabucodonosor tomó el título de rey denominándose como el primero con ese nombre. Poco duró la paz. Unos veinte años después, la ciudad sufrió un nuevo ataque. Esta vez fueron los asirios, que portaban armas construidas con un nuevo material, el hierro. El uso de este los hacía casi invencibles ante los pueblos de la región, que aún utilizaban sus armas de bronce, mucho menos duras y resistentes que las que empleaban los asirios.

Con tanta lucha y tanto ataque, la población declinó. Se calcula que hacia el año 1100 a.C., la población de Babilonia debía haber descendido a menos de la mitad de la que hubo en la época de Hammurabbi, aunque estas estimaciones siempre son cuestionables. Aun así, seguía siendo una de las ciudades del mundo con mayor número de habitantes, y en realidad nunca dejó de ser durante todo este tiempo una gran metrópolis, si la valoramos con los parámetros de esta época, ya que el número de sus habitantes debió fluctuar la mayor parte de las veces entre 40.000 y 50.000.

La crueldad y la venganza de los asirios

La primera dominación asiria fue breve. Pero varios siglos después, concretamente en el año 729 a.C., la nación asiria experimentó una nueva expansión, esta mucho más fuerte y terrorífica que la primera, ya que los asirios utilizaron una táctica militar que después sería copiada por desgracia por otros muchos pueblos, la del terror. Sus campañas militares se basaban en utilizar unos métodos extraordinariamente crueles con las poblaciones que no se rendían. Con ello, esperaban atemorizar tanto a sus enemigos, que se verían imposibilitados para defenderse y, de esta forma, se rendirían antes de que comenzaran las hostilidades.

Babilonia sufrió varias veces la furia asiria, aunque su actitud no fue la de resignación. Ocho años después de la conquista del rey asirio Teglafalasar, Babilonia se rebeló contra su dominio bajo el liderazgo de Marduk Baladán. Durante diez años la ciudad volvió a ser libre, pero fue una paz efímera. En el 711 a.C., el rey asirio Sargón II se dirigió contra la urbe y la conquistó por tercera vez para Asiria. Sargón II apoyó el crecimiento de Babilonia, y durante más de veinte años esta volvió a ser la ciudad más importante de Mesopotamia. Pero el recuerdo de la antigua libertad pervivía aún de forma intensa entre sus habitantes, y de esta forma, en el año 689 a.C., se produjo una nueva rebelión contra los conquistadores asirios.

Los asirios no eran un pueblo que se caracterizase precisamente por su tolerancia y su comprensión hacia los territorios invadidos. Y esta vez su paciencia había llegado a su límite para con los díscolos babilonios. Ese mismo año, Senaquerib, el soberano asirio que ocupaba el poder, con el fin de evitar una nueva rebelión en el futuro, decidió

darle un escarmiento tan severo a la ciudad que esta no lo volvería a olvidar jamás. La toma de Babilonia por Senaquerib dio paso a una venganza desmedida. El rey asirio ordenó que, como castigo, se demoliera el templo de Marduk y el antiguo zigurat del Esagila. La destrucción se extendió a otros edificios, y Babilonia fue despojada de buena parte de su antiguo conjunto monumental. Es más, en ese deseo de hacerle el mayor daño posible, Senaquerib hizo que se arrojaran los restos de los materiales de los edificios destruidos al canal de Arakhtu, para cegarlo y perjudicar aún más a la población de la ciudad. Fue un acto de crueldad innecesario, pero al rencoroso soberano asirio le pareció la mejor medida para hacer el mayor daño posible a la población.

Sin embargo, Babilonia tenía aún tal prestigio y tal importancia, que ni siquiera los deseos de venganza de un rey podían acabar con ella. Su situación, sus murallas, su población, su riqueza, e incluso su pasado histórico, eran todavía un motivo de prestigio y de orgullo para cualquier pueblo que la dominase. Por eso, el sucesor de Senaquerib, Asarhaddón, decidió solo ocho años después del castigo salvaje de su antecesor, iniciar la reconstrucción de lo destruido y así, la recuperación de Babilonia. Esta continuó también con su heredero, Asurbanipal, de manera que, a mediados del siglo VII a.C., Babilonia se había recuperado con una inesperada rapidez de la destrucción sufrida solo cuatro décadas antes. Se estima que en esta época su población podría volver a rondar los 60.000 habitantes, tantos como había tenido en sus tiempos antiguos de máximo esplendor.

Pero todos los grandes imperios acaban, más tarde o más temprano, llegando a su fin. Y Asiria no fue una excepción. Una serie de problemas



Escalinata por la que se accedía a la parte superior del zigurat de Babilonia.

internos, unidos a varias amenazas de carácter exterior, debilitaron de tal forma a los asirios que todo lo levantado a costa del sufrimiento de cientos de miles de personas se vino abajo de forma estrepitosa y rápida en el corto espacio de dos décadas.

Nabopolasar y la reconstrucción de Babilonia

En 626 a.C., un personaje llamado Nabopolasar dirigió una cuarta insurrección contra el poder asirio, aprovechándose de los problemas que aquellos tenían. Fue una decisión muy arriesgada, puesto que de haber salido mal, la subsiguiente venganza asiria podría haber provocado la desaparición definitiva de la ciudad, si la hubieran vuelto a tomar. Pero no fue así. Los asirios fueron perdiendo una batalla tras otra, acosados desde todos los frentes. La venganza de los pueblos humillados por ellos fue tan grande que prácticamente arrasaron su suelo y sus ciudades, hasta el punto de que estas desaparecieron para el conocimiento de la Historia durante más de dos milenios.

A lo largo de los veinte años que estuvo en el poder, Nabopolasar no solo derrotó por completo a los asirios, sino que también centró sus esfuerzos en continuar embelleciendo la capital de su reino, ahora que se había librado definitivamente de la terrible amenaza del norte. Para evitar nuevos ataques y disuadir a futuros enemigos, decidió construir una muralla mucho más poderosa que todas las que hasta entonces había contado la ciudad. A lo largo de un perímetro de ocho kilómetros y medio, se levantó un muro que en algunos lugares alcanzaba los 25 metros de altura, y que además contaba con un amplio foso



Dibujo en el que se muestra la reconstrucción del zigurat babilónico que con el tiempo sería conocido como la Torre de Babel.

de unos cincuenta metros, para disuadir a cualquier atacante que quisiera penetrar en la ciudad por la fuerza. Esta muralla constaba de ocho puertas para acceder al interior de la población.

Una vez realizada esta obra, Nabopolasar se centró en el embellecimiento interior de Babilonia. Inició la construcción de la maravillosa puerta de Ishtar, que aún se conserva en Berlín (ya que fue transportada allí por los arqueólogos alemanes que la encontraron a principios del siglo XX), ordenó la construcción del templo de Emakh, así como la restauración de muchos otros templos que habían sufrido daños durante la dominación asiria. Construyó un zigurat nuevo, y dio la orden para que se erigiera un imponente complejo palatino que sirviera como residencia para los futuros monarcas babilonios.

OTROS TÍTULOS

BREVE HISTORIA de...

CARLOMAGNO

y EL SACRO IMPERIO ROMANO GERMANICO

Juan Carlos Rivera Quintana



La desconocida historia de la Europa medieval y del emperador
que la hizo renacer del oscurantismo y sentó las bases
de la cultura de Occidente.



BREVE HISTORIA DE CARLOMAGNO Y EL SACRO IMPERIO ROMANO GERMÁNICO

Siglo VIII. Las brumas y el letargo amenazaban con cubrir toda Europa tras la caída de Roma. La cultura estaba relegada al oscurantismo de los monasterios, donde los monjes copiaban y guardaban los tesoros de épocas pasadas.

Desde Roma, los antiguos “dueños” del mundo veían a los habitantes del Este como seres oscuros, semisalvajes, tribus de bárbaros que comían carne cruda y eran incapaces de constituir una unidad política sólida y coherente. Entre los francos, una etnia más de los “germanos”, surgió un joven con aspiraciones de líder, talento, bravura en la guerra y genio administrativo, por lo que fue llamado Carlomagno.

Un joven analfabeto que rescataría el valor del latín y el griego y la continuidad cultural de Occidente. Un monarca pagano que restauraría los valores humanísticos del pasado, sacaría la cultura de los monasterios, sería Emperador y constituiría un vasto dominio uniendo la tradición romana a la germánica y a la Iglesia Católica.

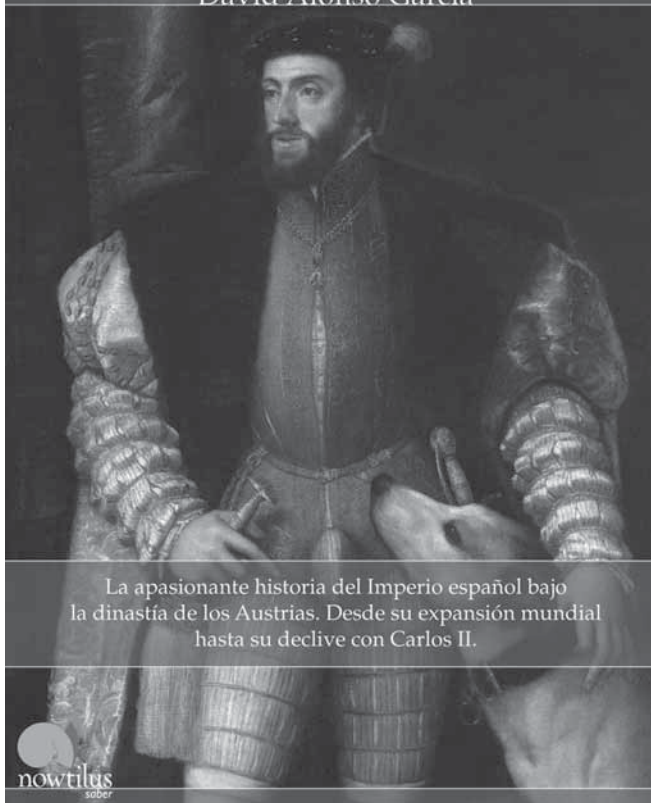
Esta es la apasionante historia de Carlomagno, el creador del Sacro Imperio Romano Germánico.

Autor: Juan Carlos Rivera Quintana
ISBN: 978-84-9763-549-3

BREVE HISTORIA de...

LOS AUSTRIAS

David Alonso García



La apasionante historia del Imperio español bajo la dinastía de los Austrias. Desde su expansión mundial hasta su declive con Carlos II.

BREVE HISTORIA DE LOS AUSTRIAS

La evolución completa de la Monarquía Hispánica desde Carlos V a Carlos II. La historia de la Corte, la vida y la cultura durante la dinastía de los Habsburgo (los Austrias), que dominó un vasto imperio, el primero a nivel mundial.

En este libro, el autor, haciendo uso de su rigor como historiador pero utilizando un estilo sumamente ágil y entretenido, demuestra por qué los Austrias fueron los protagonistas de un tiempo sin el cual no es posible entender el presente. Así, por ejemplo, solo al revisar este periodo de la Historia es posible entender el nacimiento de Holanda y Bélgica o encontrar rezagos de su influencia en lugares tan distantes como Roma, Brujas, las cercanías de Florencia o hasta en Japón. En ese sentido, David Alonso García no solo se decanta por repasar la vida de Carlos V o Felipe IV, sino que se adentra en las propuestas de estudio más novedosas (muy consolidadas en el ámbito académico, pero que no han conseguido trascender al gran público). En consecuencia, la mejor virtud de esta obra es poder presentar al lector, con un discurso ameno, una moderna mirada a la Historia tomando en cuenta aquellas consideraciones solo conocidas por los expertos.

Autor: David Alonso García
ISBN: 978-84-9763-759-6

A black and white photograph of an astronaut on the Moon. The astronaut is wearing a full spacesuit with a large life-support backpack and is leaning over a metal ladder or structure. The lunar surface is visible in the background, showing craters and rocks. The image is used as the background for the book cover.

BREVE HISTORIA de la...

LA CARRERA ESPACIAL

Alberto Martos

Del Sputnik al Apollo 11. La apasionante historia del increíble esfuerzo tecnológico que supuso la llegada del hombre a la Luna y de cómo la exploración espacial se transformó en una auténtica carrera secreta de armamento entre Estados Unidos y la Unión Soviética.



BREVE HISTORIA DE LA CARRERA ESPACIAL

Los entresijos de la carrera espacial. Un viaje en el tiempo para recordar cómo se llegó a pensar que más allá del cielo había un espacio por explorar.

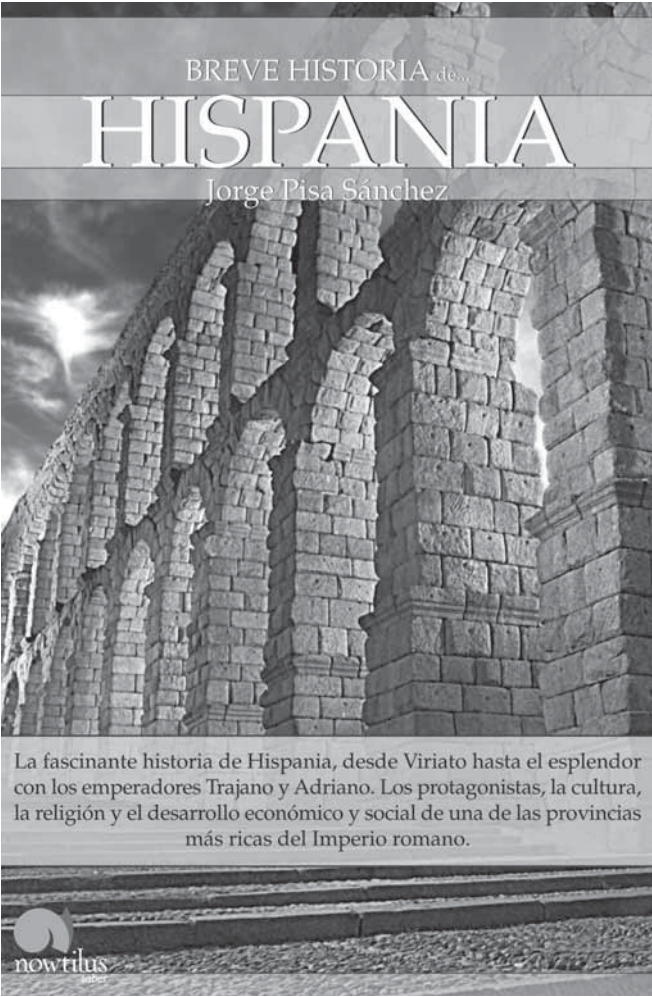
Un análisis de las aportaciones de grandes científicos como Tsiolkovski, Oberth, Goddard, Einstein, y Hohmann que descubrió el camino más sencillo para viajar a otros planetas antes de que se inventase la nave espacial.

Descubre cómo la necesidad de conquistar el espacio se transformó en una carrera armamentística sin precedentes que dio lugar al inicio de una vibrante competición entre Rusia y Estados Unidos con el Sputnik como el pistoletazo de salida.

La Luna en breve se convirtió en el objetivo primordial. Y ninguno de los dos países dio la más mínima ventaja, recurriendo a todo tipo de estrategias (espionaje incluido) para llevar la delantera.

En esta Breve Historia, Alberto Martos, como ingeniero que ha trabajado en la Nasa por muchos años y como gran conocedor de los viajes espaciales, ha conseguido detallar de forma muy ágil, pero a la vez documentada, uno de los periodos más fascinantes de la Historia la humanidad en la que el hombre demostró que podía dejar su huella, para bien y para mal, fuera del planeta que le vio nacer.

Autor: Alberto Martos Rubio
ISBN: 978-84-9763-765-7



BREVE HISTORIA de...

HISPANIA

Jorge Pisa Sánchez

La fascinante historia de Hispania, desde Viriato hasta el esplendor con los emperadores Trajano y Adriano. Los protagonistas, la cultura, la religión y el desarrollo económico y social de una de las provincias más ricas del Imperio romano.


nowtilus

BREVE HISTORIA DE HISPANIA

La llegada de Roma a la Península Ibérica cambió por completo este territorio. Las poblaciones indígenas vieron como pronto se estableció una administración nueva que trajo consigo toda una forma de vida diferente. No solo se introdujo el latín como lengua, sino que, además, se construyeron termas, templos, anfiteatros, acueductos, carreteras, puertos marítimos en las distintas ciudades populosas que empezaron a conformar uno de los territorios más ricos y preciados del Imperio.

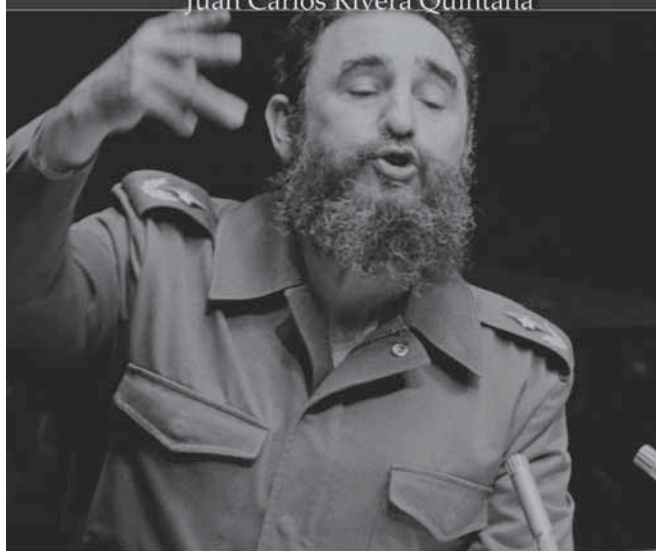
Deteniéndose con cuidado en los grandes protagonistas de esta historia, el autor presenta de forma amena el desarrollo político, económico y social que alcanzó Hispania en los dos primeros siglos de nuestra era gracias a la instauración de la Pax Romana en el Mediterráneo. Asimismo, también profundiza las causas que llevaron a la crisis y a la progresiva desaparición del poder romano en Hispania y en todo el occidente romano; situación que fue provocada y aprovechada al mismo tiempo por los pueblos germanos que se agolpaban en las fronteras del Imperio. En este libro, Jorge Pisa Sánchez, como experto en Historia Antigua y Antigüedad Tardía, logra combinar a la perfección rigurosidad y sencillez, consiguiendo con ello acercarnos de una forma muy ágil a la historia de Hispania.

Autor: Jorge Pisa Sánchez
ISBN: 978-84-9763-768-8

BREVE HISTORIA de...

FIDEL CASTRO

Juan Carlos Rivera Quintana



La historia de la Revolución cubana y de su *soldado de las ideas*
Fidel Castro, uno de los líderes latinoamericanos más polémicos,
artífice de un proyecto que ilusionó a toda una generación



nowtilus
editor

BREVE HISTORIA DE FIDEL CASTRO

Esta es la historia de Fidel Alejandro Castro Ruz, mundialmente conocido como Fidel Castro. En este libro se detallarán algunos los aspectos más oscuros de su vida, por ejemplo, cómo su padre hizo fortuna al amparo de la transnacional estadounidense United Fruit Company con el tráfico ilícito de braceros haitianos para plantaciones azucareras. Juan Carlos Rivera Quintana narra con la certeza de un testigo directo de los hechos, el desarrollo improvisado y pragmático del proyecto político de Fidel Castro, su repercusión mundial y las consecuencias internas para el pueblo cubano.

Con agilidad y rigor, esta obra no deja de lado ningún hecho importante: el asalto al Cuartel Moncada, el viaje en el Granma y el desembarco en Sierra Maestra, el ascenso al poder, la invasión de Bahía de Cochinos y la Victoria de Playa Girón, la crisis de los misiles, la participación en la Guerra de Angola, la visita del Papa, la enfermedad de Fidel, la cesión del poder a su hermano Raúl.

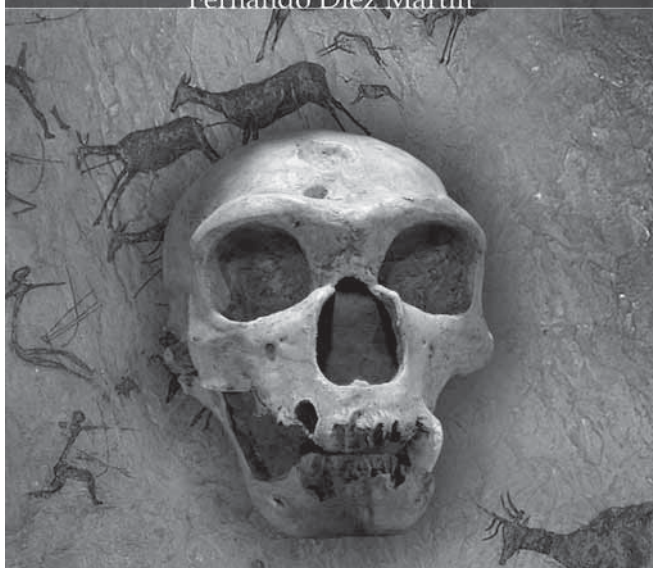
Esta *Breve Historia de Fidel Castro* es un libro clave para entender de manera sencilla y directa, el porqué de la singularidad y la importancia de uno de los hombres más relevantes de la segunda mitad del siglo XX

Autor: Juan Carlos Rivera Quintana
ISBN: 978-84-9763-762-6

BREVE HISTORIA del...

HOMO SAPIENS

Fernando Díez Martín



Una detallada reconstrucción a la luz de los conocimientos científicos más actualizados del origen de nuestra especie, la única del género *Homo* que sobrevive hoy en la faz de la Tierra.

BREVE HISTORIA DEL HOMO SAPIENS

Descubre los hitos más importantes de la búsqueda de nuestros ancestros: desde la primera evidencia reconocida de fósiles humanos descubierta en el año 1856 en el valle alemán de Neander, los descubrimientos del médico holandés Eugène Dubois en la isla de Java, el sonado fraude de Piltdown, el impresionante descubrimiento en Sudáfrica del Niño de Taung, la épica labor de los Leakey en la garganta tanzana de Olduvai, hasta el profundo efecto que produjo la aparición de Lucy.

De manera ágil, Fernando Diez Martín narra cómo aparece el primer género bípedo claramente ancestral de los humanos: los australopitecos y sus parientes los parántropos. Describe, asimismo, la aparición de los *Homo rudolfensis* y *Homo habilis*, el origen de la tecnología lítica y la competición con otros predadores por los recursos cárnicos. También consigue indicar con gran sencillez los más importantes avances somáticos, culturales y sociales experimentados por la nueva especie *Homo ergaster*, considerada la primera forma definitivamente humana hasta llegar a los neandertales, su fascinante y complejo mundo en la Europa glaciaria y el enigma de su desaparición; para, finalmente, focalizar la atención en el *Homo sapiens*.

Autor: Fernando Diez Martín
ISBN: 978-84-9763-774-9

